

El santuario prerromano de El Huerto del Cura (Aceitunilla, Cáceres), en el contexto de las “peñas sacras” del Poniente ibérico

SAÚL MARTÍN GONZÁLEZ
Grupo Barbaricvm
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

A continuación nos ocupamos del espacio sacro prerromano de Aceitunilla (Las Hurdes, Cáceres). Formado por un altar rupestre asociado a un petroglifo, el conjunto aparece orientado al Sol Naciente y guarda una íntima conexión con una triple confluencia de cursos hídricos. Lejos de conformar una rara avis, la investigación actual se encuentra tomando en consideración una amplia y creciente casuística dentro de las denominadas “peñas sacras” en el Occidente peninsular, en lo que se presenta como una línea de investigación con gran proyección.

PALABRAS CLAVE: Petroglifo, “peña sacra”, altar sacrificial, arqueoastronomía, ritos prerromanos

ABSTRACT

On next pages we shall approach the pre-Roman sanctuary on Aceitunilla (Las Hurdes, Cáceres). Formed by an open-air altar in association with a petroglyph, the whole context appears oriented to the Rising Sun and is closely-linked with a triple confluence of water courses. Far from a rara avis, current scholarship is taking into consideration a widespread and growing casuistry upon the so-called “sacred stones” from Western Iberia, in a very promising field for researchers.

KEY WORDS: Petroglyph, “sacred stone”, altar for sacrifices, archeoastronomy, pre-Roman rites.

BREVES APUNTES A PROPÓSITO DE LA COMARCA HURDANA¹

El proyecto arqueológico de seguimiento de obra en el marco de la comarca de Las Hurdes (Cáceres)² que tuvimos ocasión de dirigir durante doce meses (julio 2010-julio 2011), nos permitió entrar en contacto con una tierra tan apasionante y aún insuficientemente conocida como es la comarca hurdana³. Más allá de su conocida leyenda negra, se trata de un territorio cuya tradicional miseria socioeconómica (hoy ya afortunadamente erradicada) ha venido dada de la mano, como las dos caras de una misma moneda, de una pingüe riqueza etnográfica y tradicional⁴. En realidad, se trata de un espacio conformado por una serie de estrechos valles, en el seno de las estribaciones del Sistema Central que se interponen entre las provincias de Cáceres y Salamanca (la Sierra de Francia), salpicados por pequeñas poblaciones⁵ de carácter rural y economía, aún hoy, en buena medida tradicional. La carencia de grandes comunicaciones (las carreteras asfaltadas no llegaron hasta la segunda mitad del siglo XX⁶) no han impedido, o

¹ Las fotografías e imágenes que ilustran el presente artículo son siempre de factura propia, a menos que se indique expresamente lo contrario.

² En concreto, el proyecto de Seguimiento arqueológico de los trabajos de las *Obras de emergencia para la mejora del abastecimiento a la comarca de Las Hurdes y declaración de urgente ocupación de los bienes y derechos afectados (Cáceres)* (clave:03.310-0405/7511), ejecutada por la constructora Acciona Infraestructuras S.A. para la Confederación Hidrográfica del Tajo. Dicho seguimiento arqueológico lo dirigimos nosotros mismos a través de la empresa emeritense Anta Estudio de Arqueología, C.B..

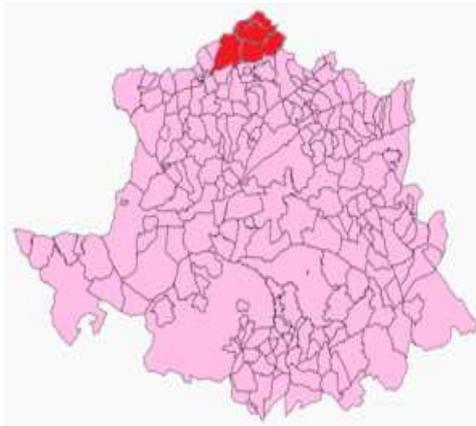
³ En la imagen presente en la página siguiente se muestran los términos municipales de la actual comarca de Las Hurdes, destacados en rojo sobre el resto de TT.MM. de la provincia de Cáceres. Imagen tomada de http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/archive/9/9f/20110922045958%21Las_Hurdes.png

⁴ Como se demostró en los dos Congresos de Hurdanófilos, celebrados respectivamente entre el 14-15 de junio de 1908 y 11-12 de agosto de 1988 (Iglesias Duarte, 1994, pp. 13-14), y como demuestra el calado de su música y cultura tradicional (Barroso Gutiérrez, 1991; 1994, pp. 93-126).

⁵ Se trata de 34 alquerías (pedanías) repartidas entre los seis términos municipales de la comarca: Casar de Palomero, Caminomorisco, Pinofranqueado, Nuñomoral, Casares de las Hurdes y Ladrillar.

⁶ Al respecto *vid.* FERRES, A. y LÓPEZ SALINAS, A. (2006): *Caminando por Las Hurdes*, Ed. Gadir, Madrid. Este libro de viajes, editado por primera vez en 1960, cuenta la experiencia personal del viaje realizado por sus dos autores, entre La Alberca y Casar de Palomero. Su narración durísima muestra las condiciones de vida de la comarca justo en el momento en que

quizás directamente han favorecido, la existencia de una auténtica maraña de caminos de tierra, pequeñas veredas y pistas forestales que interconectan la práctica totalidad de dichos núcleos entre sí y conecta la comarca con el resto de la actual provincia de Cáceres, al Sur, Oriente y Occidente y aún, cruzando la sierra, con las septentrionales tierras salmantinas. Este complejo e interesante sistema de comunicaciones hunde sus raíces en la Noche de los Tiempos, y sobre él nos encontramos preparando un estudio en mayor profundidad, desbordando el contexto del presente documento. Sea como fuere, baste señalar por el momento que en este espacio geográfico se ha desarrollado una fecunda cultura, con una fuerte personalidad propia y distinta en gran medida de las comarcas circundantes, tanto cacereñas como salmantinas, sobre cuyo pasado sólo en los últimos tiempos hemos comenzado a aproximarnos.



LAS HUELLAS DEL PASADO HURDANO: LOS PETROGLIFOS

Al tratarse de una comarca tradicionalmente aislada y, en muchos casos, recordada solamente como paradigma del atraso y la miseria del agro español, los estudios rigurosos acerca de su mal conocida secuencia histórica han sido siempre deficitarios y regidos por el tono de pretendida superioridad moral ocasionado por la leyenda negra de la zona. Así, las primeras alusiones en fuentes escritas a la comarca hurdana arrancan a finales del siglo XII en rela-

se está desarrollando la primera industrialización de la zona, con la instalación paulatina de la red telefónica, telegráfica y eléctrica, además de la pavimentación de las primeras pistas forestales y su conversión en carreteras para el tráfico rodado.

ción a la ganadería y las vías de transhumancia en el contexto de la Reconquista (Fernández Gómez, 1994, p. 142), efectuada en esta zona por los leoneses. No obstante, los tratados auténticamente descriptivos sobre el presente territorio y sus gentes habrán de esperar a un momento sincrónico tan avanzado dentro de la totalidad de la secuencia diacrónica como es el siglo XVII, lo que quizás revista a la comarca hurdana inclusive de ciertos tintes de escenario “colonial” extraeuropeo, en cuanto a la falta de conciencia y olvido de su propio pasado e identidad, antes que a un espacio del Viejo Mundo⁷. Tal es la visión presente en el magno drama escénico “*Las Batuecas del Duque de Alba*”, obra de Lope de Vega escrita, al parecer, entre 1598 y 1600 (Rozas, 2003, p. 3). Esta caracterización se mantiene en uno de los primeros textos históricos que citan este territorio, obra del jesuita Juan Eusebio Nieremberg y Otín⁸; su cita a las recónditas Batuecas las emplaza como viviente botón de muestra de la existencia de territorios aún inexplorados en el Planeta, lo que dejaría abierta la posibilidad de hallazgo de nada menos que el propio Paraíso Terrenal. Otros viajeros ilustres, como Benito Jerónimo Feijóo⁹, Antonio Ponz¹⁰,

⁷ Así, la documentación histórica anterior a 1950 sobre este territorio hay que buscarla, además de en ciertos documentos medievales de propiedad (referidos en Fernández Gómez, 1994, pp. 142 y ss.), en los sucesivos relatos de viajeros y “exploradores” a los que aludimos en el texto, quienes a partir del siglo XVII cruzaron este agreste territorio quedando impresionados con el paisaje y paisanaje locales hasta el punto de dejar registradas sus experiencias por escrito.

⁸ *El argumento de que algunos hazen (sic) para negar a (sic) permanencia del Paraíso, ò absolutamete (sic), ò por lo menos en Mesopotamia, de que no se halle aora (sic), aunque parece fuerte no concluye, pues vemos que en medio de España se nos han encubierto por inmemoriales años, unos valles, que llamamos aora (sic) Las Batuecas, sin saber nosotros dellos (sic) ni los que estaban (sic) allí de nosotros, criándose en aquel espacio breve, como bestias, sin religión, sin noticia de mas (sic) mundo, pues si en la frecia del mundo, y sin extraordinaria providencia del cielo, se nos ocultó aquella tierra hasta estos días, que mucho si el Paraíso se nos escondiese por singular consejo de Dios y ministerio de los Angeles. NIEREMBERG Y OTÍN, J.E. (1630): *Curiosa filosofía y cuestiones naturales*, Imprenta del Reino, Madrid*

⁹ FEIJÓO, B.J. (1730): *Teatro crítico universal*, Tomo IV, Discurso X (*Fábula de Las Batuecas y países imaginarios*), Imprenta de Blas Román, Madrid

¹⁰ PONZ, A. (2004; original de 1784): *Viage de España*, Tomo VII, Carta VIII, Imprenta de Cámara de Su Majestad, Madrid.

Vicente Barrantes¹¹, Miguel de Unamuno¹² o Gregorio Marañón¹³, entre muchos otros¹⁴, o ya en el terreno audiovisual, Luis Buñuel¹⁵, contribuyeron en diferente grado a la configuración de lo que se ha llegado a denominar sin ambages la “Utopía regresiva” hurdana (De la Flor, 1994). Así, pudiera parecer que este territorio ha conservado su condición de *saltus* habitado por *gentes barbarae*¹⁶ (Arce Martínez, 2007-08, p. 74; Bartolomé Gómez, 2007-08, pp. 83 y ss.) hasta hace pocas décadas.

¹¹ BARRANTES, V. (1.893): *Las Jurdes y sus leyendas*, conferencia leída en la Sociedad Geográfica de Madrid la noche del 1 de julio de 1.890, Real Academia de la Historia, Madrid

¹² En principio el viaje de Unamuno a Las Hurdes-Batuecas se publicó como artículo en *Los lunes de El Imparcial* (Madrid) el 25 de agosto de 1913, p. 1 (OC, I, pp. 405-408). Los cinco artículos pasaron a formar parte luego de: Unamuno (1922), *Andanzas y visiones españolas*, Madrid, Renacimiento. Las referencias a Las Hurdes aparecen en pp. 107-204; las de la Peña de Francia, en pp. 101-106. Una versión con adecuados comentarios puede consultarse en: ROBLES, L. (1994): “El viaje de Unamuno a Las Hurdes (1913): Cartas y Documentos”, en *Alcántara*, 31-32, enero-agosto, 1994, Salamaca, pp. 193-244.

¹³ El Dr. Marañón recogería su experiencia hurdana en dos artículos: MARAÑÓN, G. (1922): *El problema de Las Hurdes*, en *Vida médica*, 25 de julio de 1-922; e Id. (1924): “*Notas sobre la patología de Las Hurdes*”, en *La medicina ibera*, 8 de marzo de 1924; ambos se recogen en la reciente publicación MARAÑÓN, G. (1993): *Viaje a Las Hurdes*, Madrid.

¹⁴ Así, cabría destacar otros nombres como la referencias hurdanas en la *magna opus* de MADOZ, Pascual (1.845-50): *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, 16 vols., Madrid, obra cuyo enfoque y significado para el contexto hurdano han sido bien analizadas en Granjel, 2003, pp. 49 y ss., quien además documenta los viajes, muchos ellos científicos, realizados por estudiosos y personajes ilustres desde el siglo XVIII en adelante; además, cabría hablar, en el tránsito de los siglos XIX y XX, de los viajes de J.B. Bide en 1892, Blanco-Belmonte en 1911 y M. Legendre en el mismo 1913 (vid. ROBLES, L., 1994, pp. 211-212)

¹⁵ BUÑUEL (1933): *Las Hurdes: tierra sin pan*; como se expresa al final del propio film, el objetivo de esta obra lo constituía la denuncia de la miseria y carencias seculares del campesinado español, que habría de solucionar la II República. Para ello, Buñuel eligió Las Hurdes como paradigma y máximo exponente del atraso socioeconómico de nuestro país.

¹⁶ Permítasenos en este caso el empleo de términos típicos del mundo romano, que en este caso ilustran perfectamente la percepción exterior de este territorio, dentro de la dialéctica entre los siempre esquivos y complejos conceptos de “Barbarie” vs “Civilización”. Por supuesto no se trata de ninguna ridiculización de los esforzados habitantes de Las Hurdes ni de su valiosísima cultura tradicional, sino de la señalización de su tradicional y extremo aislamiento, muchas veces difícil de comprender en todo su calado.

Siendo cierto todo lo anterior, lo es igualmente la parquedad de los elementos arqueológicos y patrimoniales antiguos en Las Hurdes, tal y como se refleja en las entradas correspondientes a sus cinco municipios actuales en la Carta Arqueológica de Extremadura¹⁷. De hecho, de las largas épocas “ágrafas” anteriores al siglo XVII¹⁸ muy poco es lo que nos encontramos en condiciones de conocer, en el estado actual de la investigación. No obstante, de este aparente “abismo” de información emergen con luz propia, por encima de cualquier otro elemento, los célebres petroglifos hurdanos.

La costumbre de grabar las rocas del entorno se halla bien atestiguada en muchas épocas y culturas, suponiendo un uso ritualizado del paisaje cuya difícil interpretación, no obstante, se encuentra en viva discusión por parte de los especialistas (Harding, 2003, pp. 336 y ss.). Valga señalar, a los efectos que aquí nos interesan, la viabilidad material proporcionada en la comarca hurdana por el tipo de roca que sirve de soporte. En efecto, todo el sector del Sistema Central situado al Occidente del paso de Béjar-Hervás (el sistema de desgarrar tardohercínico conocido como la fractura de Béjar-Alba; Molina Ballesteros, 1991, p. 109)¹⁹, se adscribe plenamente en la Zona Centro-Ibérica del Macizo Hespérico (Gutiérrez Elorza, 1994, p.13) y en concreto a su subdivisión luso oriental-alcudiana. En consecuencia, presenta por tanto los macizos de rocas metamórficas (pizarras y grauvacas) característicos de aquella, originarios del

¹⁷ Uno de nuestros objetivos, tanto en la documentación derivada del proyecto de Seguimiento arqueológico de obra que tuvimos ocasión de dirigir (*vid.* MARTÍN GONZÁLEZ, 2011b) como de la bibliografía científica que habremos de generar respecto a ésta y otras intervenciones, es colaborar al desarrollo y ampliación de la Carta Arqueológica. Estamos convencidos de que éste útil y necesario documento, resulta imprescindible para el correcto conocimiento y gestión del Patrimonio por parte de la Administración, además de banco de datos a partir del cual habrá de nutrirse la comunidad científica para el desarrollo de la investigación. En tal sentido, los datos recopilados por la Arqueología de Gestión habrá de erigirse en los próximos años como fundamental objeto de estudio por parte de los investigadores del pasado. En la actualidad ya comienzan a tenderse puentes, a partir de iniciativas provenientes de ambas partes, entre el ámbito de la investigación académica y el de la Arqueología de Gestión, como tuvimos ocasión de comprobar recientemente en el I Encuentro de Jóvenes Investigadores sobre el Valle del Duero (celebrado en Zamora entre el 16-18 de noviembre de 2011), cuyas actas se encuentran en estos momentos en prensa.

¹⁸ Épocas en las que solamente contamos, insistimos, con unos pocos documentos relativos a la propiedad de las tierras (FERNÁNDEZ GÓMEZ, 1994, pp. 142 y ss.).

¹⁹ A diferencia de la cadena oriental de dicha fractura, integrada mayoritariamente por berrocales y afloramientos calizos desde la Sierra de Gredos hasta la de Guadarrama.

Precámbrico Superior, que ocupan grandes extensiones. Dicho metamorfismo en los materiales presenta unas características paradójicas; así, de un lado, como hemos tenido ocasión de comprobar de forma directa, los macizos aparecen en forma de omnipresentes afloramientos pizarrosos de consistencia variable. En ocasiones, ésta puede llegar a ser considerable²⁰, lo que imposibilita por ejemplo la existencia de cuevas y oquedades en este tipo de terreno²¹. Por otro lado, sin embargo, se trata de un tipo de roca relativamente vulnerable a la meteorización, a menudo moldeando y suavizando sus pronunciadas aristas por cursos de agua y diferentes elementos climáticos. De este modo, se generan en ocasiones grandes superficies aplanadas en una piedra lo suficientemente blanda como para ser susceptible de recibir unas incisiones que vengan practicadas mediante el empleo de cualquier elemento que pueda actuar como buril. De hecho, en el ámbito centroeuropeo son asimismo bien conocidos ciertos casos (así, los de Val Camonica y el Monte Bego), en la vertiente meridional de los Alpes, de petroglifos practicados sobre superficies de pizarras y otras rocas metamórficas, adscritos a diferentes culturas en el estadio de la Edad del Bronce (Harding, 2003, p. 331). Sobre la potencialidad de la pizarra como soporte gráfico, basten recordar las célebres pizarras visigodas (Velázquez Soriano, 2004; id. 1989), características de época tardoantigua y altomedieval en todo el Occidente peninsular, sobre las que habremos de ocuparnos en mejor ocasión. Respecto a los petroglifos hurdanos, y a diferencia de otras áreas que presentan grabados fechables en la Prehistoria Reciente, como la Beira Baixa portuguesa, se ha destacado el empleo de incisiones obtenidas por “*el frotamiento de la roca con un utensilio cortante o punzante hasta dejar marcado un surco en la superficie que contornea la figura deseada. Estas incisiones en este complejo rupestre hurdano van desde muy débil, apenas perceptible, hasta la incisión profunda con una sección transversal en U o V según los casos*” (Sevillano San José, 1983, p. 259). Sea como fuere, la población hurdana, y

²⁰ Para un análisis geológico de la Sierra de Francia, si bien principalmente centrado en su cara septentrional, *vid.* MOLINA BALLESTEROS, 1991, pp. 109 y ss.

²¹ Como hemos tenido ocasión de comprobar de forma directa durante nuestra etapa al frente del Seguimiento arqueológico de obra al que hemos aludido *supra*. Como puede comprobarse en la documentación que a tal respecto hemos generado (para un balance general *vid.* Martín González, 2011b), los afloramientos pizarrosos presentaban considerable consistencia y enorme resistencia, incluso ante las actuaciones de la maquinaria pesada empleada en los trabajos de canalización de aguas.

especialmente los pastores, han venido marcando las rocas de su comarca hasta nuestros días tanto para señalar caminos como para combatir el aburrimiento²². En épocas pretéritas, el soporte material para los petroglifos se encontraba pues servido.

En la actualidad se han identificado aproximadamente una veintena de estaciones de grabados prehistóricos repartidos por toda la comarca hurdana. La práctica totalidad de ellos han sido marcados y acondicionados para la visita durante los últimos años por parte de la Administración, lo que en algún caso ha redundado negativamente en el estado de conservación de los lugares. Los motivos representados en alguna ocasión pueden llegar a repetirse²³, pero cada estación guarda en todo caso su propia personalidad y autonomía respecto a las demás, respondiendo cada una de ellas, en nuestra opinión, a su propia lógica y motivación interna. Ello no excluye, por otro lado, la posibilidad de jugar una determinada función dentro del marco general de los grabados de toda la comarca, a la manera de las distintas células que conforman un mismo organismo. La cronología de este tipo de representaciones, tanto por su soporte pétreo como por su ejecución (exenta de cualquier tipo de pigmentación, al menos que nos haya llegado), se nos antoja harto complicada. La carencia absoluta de materiales arqueológicos asociados a las estaciones tampoco ayuda en este punto. Ante tal panorama, y partiendo del reconocimiento de las anteriores limitaciones, los estudiosos han venido en general reconociendo una cronología amplia para ellos: así, la costumbre de grabar la piedra arrancaríase en Las Hurdes desde algún incierto momento del Neolítico, consolidándose y desarrollándose a través de las Edades del Cobre, Bronce y Hierro, hasta desembocar en la Romanización, que lentamente iría diluyendo esta práctica a medida que los elementos mediterráneos fuesen desplazando a los indígenas (SEVILLANO, 1976, pp. 289-290). No obstante, muchos petroglifos presentan cruces superpuestas y demás símbolos de cristianización de lugares paganos, en muchos casos adscritos de manera más o menos vaga a la Antigüedad Tardía o la Alta Edad Media. Éste es un fenómeno tan bien conocido en Las

²² Durante nuestra estancia en la comarca tuvimos ocasión de escuchar varios testimonios al respecto por parte de personas mayores, así como de comprobar el grabado en los pueblos y núcleos habitados por parte de los más jóvenes.

²³ Es el caso sobre todo de las huellas de pie o podomorfos, armamento, utillaje, etc...

Hurdes²⁴ como en otras partes de Europa (HARDING, 2003, p. 332). Ello nos revela la pervivencia de la costumbre del grabado de las rocas hasta entonces (en realidad hasta hoy, como hemos visto *supra*, si bien ya despojada de su contexto sagrado) además de evidenciar el reconocimiento todavía en tales periodos postromanos de la función y significado de estos elementos como marcas sacralizadoras del Paisaje físico. De este modo, las sucesivas culturas presentes en este territorio, a lo largo de una dilatada secuencia diacrónica, reconocerían e incorporarían a su propio bagaje cultural (acaso con algún diferente matiz en cada momento) dichas marcas territoriales, en un sugerente fenómeno de reutilización de espacios sacros tradicionalmente marginado de la investigación, pero que sin embargo cuenta con una atención creciente en los últimos años²⁵, siendo recogido por parte de los jóvenes prehistoriadores²⁶. En cualquier caso, tanto por la necesidad de contar con utillaje metálico para acometer varias de las representaciones, como por los escasos hallazgos de arte mueble proporcionados por la Prehistoria hurdana (principalmente los ídolos-estela, como el de El Cerezal, en la actualidad conservado en el Museo Provincial de Cáceres²⁷, o el de Cambroncino, en paradero desconocido, además de algunos colgantes-ídolos²⁸. Completan el círculo unos pocos útiles aparecidos

²⁴ como sucede por ejemplo en la interesante estación de La Peña del Molde (Mesegal, Pinofranqueado), en El Riscal (Sauceda, Pinofranqueado) o en La Pisá de la Mora (La Huerta, Caminomorisco),

²⁵ “*Hemos de recordar que la mayoría de manifestaciones históricas de tipo cultural se perpetúan a lo largo del tiempo, pudiendo decirse que, en muchos casos, coexisten junto a otras ya propiamente cristianas, como es probable que ocurriera, también, en lo que respecta a los santuarios de los que hablamos en el presente libro*” (Benito del Rey y Grande del Río, 2000, p. 11; estas palabras vienen citadas asimismo por Sánchez Nicolás; Mateos Leal y BERROCAL RANGEL, 2005-06, pp. 166)

²⁶ Muy recientemente hemos tenido ocasión de presenciar la ponencia *ad hoc* de TEJEDOR RODRÍGUEZ, C. (*en prensa*). En dicho trabajo se incluyen la cristianización de elementos sagrados prehistóricos, llegando a reutilizarse en algunos casos como iglesias cristianas: así los casos de Gerona, Cangas de Onís, Zafrón y Sahelicejos en España; Pavía (Évora) y la “Anta Capela” (en español, “Dolmen Capilla”) (Concelho de Penedón, Viseu) en Portugal y St. Michel en Bretaña, Francia. En todos estos casos además de una reutilización directa, cabe la posibilidad de tener iglesias cristianas anexas o directamente encima. Sobre la reocupación funeraria de dólmenes y megalitos (los denominados *cairns*) en el Norte de Portugal, *vid.* BETTENCOURT, A.M.S. (*en prensa*).

²⁷ Sevillano San José, 1982

²⁸ Sevillano San José, 1988-89

principalmente en las márgenes del Arroyo Alavea, como raspadores, dientes de hoz, etc... y otros hallazgos casuales cuyas noticias nos llegaron a través de informantes locales²⁹ hacen que se acepte una cronología correspondiente en general a la Prehistoria Reciente para el grueso de las representaciones, si bien en algún caso pueden alcanzar, como señalamos *supra*, la Protohistoria e incluso épocas posteriores. (Sevillano, 1976, pp. 289-290).

En las siguientes líneas habremos de ocuparnos de una de dichas estaciones de grabados, la conocida como El Huerto del Cura. Habremos de ofrecer una nueva interpretación de sus motivos, así como dar noticia de ciertos posibles elementos culturales asociados, hasta ahora pasados por alto.

EL PETROGLIFO DEL HUERTO DEL CURA

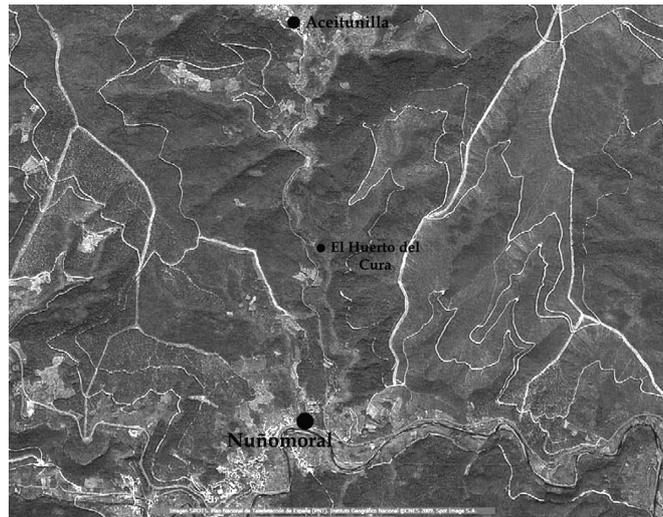
Este petroglifo, bien conocido y señalado, se dispone en mitad del angosto valle formado por el arroyo Aceitunilla³⁰, afluente del río Hurdano que nace junto a su alquería epónima, en el corazón de las montañas hurdanas. Dicho valle, que presenta un sentido Norte-Sur y una acusada sección en V en virtud de la infatigable acción erosiva del arroyo, encajonado entre dos líneas de montañas, supone un apéndice hacia el Norte enclavado en mitad del más amplio valle que forma el río Hurdano. En éste desagua, a la altura de Nuñomoral³¹, el arroyo Aceitunilla tras recorrer cuatro kilómetros hacia el Mediodía, transportando el agua desde el circo de montañas que separan este cauce del vecino valle del río Ladrillar (o “Río Malo”). Nos encontramos aquí en un área relativamente abrupta que ha mantenido en buena medida la flora autóctona hurdana³² compuesta por bosque mediterráneo continental con influencia atlántica y de montaña, como corresponde a este territorio donde se

²⁹ Destacando el presunto hallazgo de un hacha de bronce. Todos estos materiales e informaciones indirectas (que pueden consultarse en MARTÍN GONZÁLEZ, 2011a) sobrepasan los límites y aspiraciones del presente documento, habiendo de ser abordados de manera adecuada en futuras ocasiones.

³⁰ Fotografía satelital del emplazamiento del santuario, entre Nuñomoral y la alquería de Aceitunilla, a partir del visor del Instituto Geográfico Nacional de España (rotulación nuestra), en la página siguiente.

³¹ Cabeza del término municipal. Aceitunilla es una alquería (pedanía) de Nuñomoral.

³² Donde destacan especies como las encinas (*quercus rotundifolia*), alcornoques (*quercus suber*), melojos (*quercus pirenaica*), quejigos (*quercus faginea*), fresnos (*fraxinus angustifolia*), sauces (*salix atrocinerea*), alisos (*alnus glutinosa*), chopos (*populus nigra*), enebros (*Iuniperus oxycedrus*) y tejos (*taxus baccata*).



Fotografía referenciada en la nota n.º 30 a pie de página

encuentran la Iberia mediterránea con la atlántica, participando de ambas influencias³³. A las especies autóctonas y a aquellas importadas para el cultivo además hay que añadir un tercer grupo, muy presente en todo el Valle de Aceitunilla, constituido por los pinares de repoblación a base del pino resinero (*pinus pinaster*), especie idónea para colonizar suelos ácidos, abruptos y pobres, que en Las Hurdes se han naturalizado y arraigado de forma espectacular (Blasco Fuerte, 2002, p. 114)³⁴.

El petroglifo se encuentra a aproximadamente a 1,23 km desde Nuñomoral (unos 2,5 km bajando desde Aceitunilla) junto a la desembocadura del Arroyo

³³ Así se explicita en la alquería de Aceitunilla, donde nosotros mismos pudimos presenciar en enero de 2011 un punto donde se yerguen, uno al lado de otro, un sauce (*salix atrocinerea*), especie autóctona de Las Hurdes y característica de la Iberia atlántica, junto a un olivo (*olea europea*) y una chumbera (*opuntia ficus*). Las dos últimas especies provienen de la Iberia mediterránea y fueron introducidas en época histórica, de cara al cultivo.

³⁴ Introducidos en época contemporánea para la explotación de resina, hoy día sólo se utilizan como explotaciones madereras (BLASCO FUERTE, 2002, p. 115).



de la Pizarrosa en el Arroyo de Aceitunilla. En ese punto, en el margen oriental de la carretera CC-156.1, nace una vereda que tras unos 150 m. de descenso hacia la vega del Arroyo de Aceitunilla nos conduce hasta el petroglifo³⁵, que viene practicado, al igual que otros muchos de la comarca³⁶, sobre un afloramiento plano de la característica pizarra hurdana. Se trata de una roca enclavada a cota considerablemente más baja³⁷ que la actual carretera (la versión contemporánea y pavimentada del camino tradicional de tierra que comunicaba Aceitunilla con Nuñomoral desde antiguo, según nos hicieron saber todos los informantes locales), dispuesta sobre el cauce hídrico, y orientada de forma casi perfecta hacia el Oriente.

³⁵ Cuyas coordenadas UTM son las siguientes: Huso 29 X: 734.039.36; Y: 4.478.216.02; situado a 522 m de altitud (Z) sobre el nivel medio del mar en Alicante. En el descenso desde la carretera, en apenas 150 m de longitud se rebajan 20 m.s.n.m. de cota.

³⁶ Así por ejemplo, entre otros, el de la Pisá de la Mora y el de la Piedra Mora (Caminomorisco), el del Puerto del Gamo (Casar de Palomero) o el del Lagar de la Hoya (Azabal)

³⁷ El petroglifo se encuentra a 522 msnm, mientras que la carretera CC-156.1, situada falda arriba, en este punto alcanza los 538 msnm.

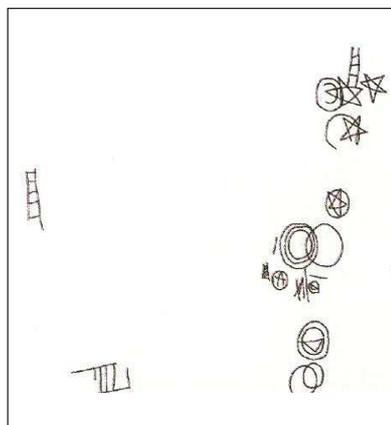
En la actualidad la presente estación de grabados se encuentra convenientemente señalizada y reconocida por parte de la Administración, incluyendo sendos paneles explicativos. Ello contrasta, sin embargo, con el hecho de que se trata de uno de los petroglifos menos estudiados de la comarca hurdana, no siendo, que sepamos, protagonista de ningún estudio propio³⁸.

Los motivos que presenta el petroglifo son susceptibles de ser divididos en tres grupos principales:

1) Grupo I: El situado más hacia Oriente, representa dos circunferencias parcialmente unidas, además de dos circunferencias concéntricas que contienen en su interior un triángulo cuyo vértice apunta hacia el Este. El diámetro de las circunferencias ronda los 14 cm.

2) Grupo II: El situado en el Centro, representa tres circunferencias concéntricas donde se engarza una cuarta de tamaño equivalente a la mayor de aquéllas (unos 20 cm. de diámetro). Inmediatamente hacia Oriente respecto a ellas aparecen una serie de pequeños símbolos (una pequeña X y dos circunferencias de unos 4 cm de diámetro que parecen rellenas), mientras que hacia Occidente se dispone la primera de las estrellas de cinco puntas, contenida en una circunferencia.

3) Grupo III: El dispuesto más hacia Occidente, hasta el punto de encontrarse en el siguiente nivel de la roca, por tanto a una cota ligeramente mayor. Representa un total de tres estrellas de cinco puntas o pentalfas, dos las cuales vienen contenidas en circunferencias, y un escaleriforme³⁹.



³⁸ Aunque sí se recoge en la analogía trazada por Sevillano San José (1983, p. 260), en el análisis que esta autora realiza de diversos petroglifos hurdanos, comparándolos con otros casos provenientes del Valle del Tajo.

³⁹ El calco que acompaña a estas líneas está tomado de Anónimo, p. 17.



Además de estos tres grandes grupos, a unos 30 cm hacia el Sur nos encontramos con otros dos escaleriformes independientes, separados unos 35 cm entre sí. Ambos símbolos vienen representados en un notable tamaño (unos 15 cm de longitud), y los dos presentan cinco líneas transversales que unen los dos trazos más largos. Con independencia de los signos grabados en la roca, en el ángulo sudoriental del afloramiento pizarroso donde vienen practicados éstos se documenta además una pequeña cazoleta u hornacina ovalada de 38 cm (X) por 31 cm (Y) por 11 cm (Z). Esta pequeña estructura, sobre la que cabe discutir acerca de su origen (bien antrópico o bien generado por los elementos naturales⁴⁰), se inunda con el agua de lluvia y el rocío y acaso pudiese gozar de alguna función durante los ritos asociados a los grabados, sobre los que nos ocuparemos *infra*.

Sobre la datación del petroglifo, señalar que tanto por su sección (en V muy apuntada⁴¹, lo que sugeriría el empleo de algún cincel o apero férreo)

⁴⁰ Nosotros nos inclinamos por la primera opción, ya que la superficie pizarrosa en este punto es idéntica al resto del afloramiento.

⁴¹ BLASCO FUERTE, 2002, p. 25

como por sus elementos representados⁴², cabría acaso datarlo en la II Edad del Hierro, lo que se correspondería bien, como veremos, de la hipótesis de trabajo que realizamos, a modo de interpretación, sobre el lugar.

EL POSIBLE ALTAR RUPESTRE



A unos 35 metros hacia el Sudeste del petroglifo, bajando ligeramente hacia la vega del Arroyo de Aceitunilla, nos encontramos con una estructura que ha venido pasando totalmente desapercibida en los escasos estudios de los que ha sido objeto la presente estación de grabados rupestres⁴³. Dicha estructura viene practicada en uno de los abundantísimos afloramientos de pizarra

⁴² “Los motivos representados en este conjunto son todos ellos muy habituales en el arte rupestre de la comarca de Las Hurdes: los escaleriformes, las estrellas de cinco puntas y los círculos radiados y concéntricos. Todos estos elementos son muy característicos de las manifestaciones artísticas de fases avanzadas de la Edad del Hierro y de épocas históricas precristianas”. (ANÓNIMO: “Guía para conocer y visitar el arte rupestre de Las Hurdes”, librito para visitantes disponible en los centros culturales y de información turística de la comarca), p. 17

⁴³ Estructura que reconocimos nosotros mismos en compañía de D. Joaquín Del Palacio, a finales de enero de 2011

maciza de los que se componen las montañas hurdanas, y de los que existen innumerables ejemplos más en derredor. No obstante, dicho afloramiento, de unos 12 m de longitud (X) por 3,22 m de anchura (Y) por 1,98 m de altura (Z), ha sido objeto de una sutil pero innegable antropización dirigida a convertirlo en una estructura funcional, básicamente centrada en dos elementos.

El primero de ellos se dispone en el flanco septentrional de la mole⁴⁴. Allí se han practicado, esculpidos directamente en la roca, un total de 7 escalones de factura irregular (en general se atienen a un esquema de 90 x 90 centímetros, oscilando su altura entre los 26 y los 42 cm), pero en cualquier caso perfectamente alineados desde la cumbre occidental del afloramiento, situado a nivel de uso, descendiendo por el flanco septentrional de la roca hasta alcanzar prácticamente el nivel del agua. Si en lugar de bajar por las escaleras recorremos la roca hacia Oriente nos encontraremos con un saliente en voladizo, donde existe una caída de 1,98 m sobre el curso de agua y el segundo de los elementos referidos *supra*, que pasamos a detallar. Éste consiste en un canal de desagüe, de



unos 3 metros de longitud (al menos, su parte conservada), por 33 centímetros de anchura (Y) y 20 de profundidad máxima (Z), que viene, al igual que los escalones referidos *supra*, practicado directamente en la pizarra viva. Además, esta estructura reviste la particularidad de interconectar la mole y los escalones anteriormente referidos con el curso fluvial del arroyo Aceitunilla, un curso hídrico que cabe suponer de mayor caudal en épocas pasadas, cuando la Península presentaba una ingente masa forestal y, por tanto, un régimen de pluviosidad

⁴⁴ (cuya forma alargada parece surgir de la tierra para abalanzarse sobre el curso de agua, situado unos 10 m hacia Oriente a una cota considerablemente menor, en lo que quizás pudiese haber supuesto un elemento que llamó la atención de las culturas del Pasado)

y un grado de humedad edafológica mucho mayores que los que conocemos en nuestros días⁴⁵. Además conviene recordar que nos encontramos prácticamente en el punto donde el Arroyo de la Pizarrosa (un afluente aún menor) confluye con el Aceitunilla, y como ya señalásemos *supra*, a 1,127 km río arriba de la desembocadura de éste con el principal río de esta comarca, el Hurdano. Por tanto, podemos convenir que el conjunto se yergue sobre un lugar de triple confluencia de las aguas.

INTERPRETACIÓN DEL CONJUNTO

Antes de ofrecer cualquier interpretación del espacio apenas descrito, conviene reseñar que las conclusiones referidas en el presente documento vienen referidas a modo provisional. Sería preciso un proyecto de investigación integral, de carácter interdisciplinar, sobre este lugar para poder pronunciarse con mayores garantías acerca de la naturaleza y cronología de los elementos patrimoniales aquí referidos. En el estado actual de la investigación, nos encontramos solamente en condiciones de ofrecer sendas hipótesis de trabajo, lo más fundadas posible, acerca de este emplazamiento.



Ante todo, interpretamos El Huerto del Cura como un santuario y lugar de culto integrado desde, cuanto menos, la II Edad del Hierro. Se trata de un espacio donde los diversos elementos antrópicos (el petroglifo y la posible peña sacra) se enmarcan a aquéllos naturales (el Arroyo de Aceitunilla y su

⁴⁵ Sobre el paleoclima y la paleoflora del Sistema Central, incluyendo análisis palinológicos, *vid.* FRANCO, F.; GÓMEZ-MANZANEQUE, F.; MALDONADO, J; MORLA, C. y POSTIGO, J.M. (2000): “El papel de los pinares en la vegetación holocena de la Península Ibérica”, en *Ecología*, nº 14, pp. 61-77.

valle, la orientación de éstos, los afloramientos de rocas metamórficas), que vienen en gran medida posibilitados por la orografía intrincada y accidentada del lugar. En este sentido, es preciso concebir el conjunto como un complejo sacro integrado (insistimos en este punto) que, a partir de sus distintas partes, funciona en pos de unos determinados objetivos culturales y místicos.

El primer elemento que entraremos a valorar es la propia disposición del lugar. Ya hemos referido *supra* el emplazamiento geográfico del sitio, incluyendo su baja cota relativa respecto a su espacio circundante, y no hemos de repetirnos aquí. Se trata por tanto de un lugar relativamente escondido, difícil de atisbar desde cualquier punto de la carretera, y encajado en el valle del arroyo que corre a nuestros pies, entre las montañas que delimitan el pequeño valle por Oriente y Occidente. En consecuencia, desde el lugar es visible una porción de cielo que, si bien no puede decirse que sea pequeña, sí que desde luego viene considerablemente reducida respecto a la totalidad de la bóveda celeste. En cualquier caso, al hallarnos en la pronunciada pendiente que ocupa la orilla occidental del arroyo Aceitunilla, la posición natural es la que seguimos durante el descenso, esto es, mirando hacia Oriente. Por allí corre (en sentido Norte-Sur) el curso de agua, y no creemos casualidad que sea esta misma orientación, hacia el *Solis Ortus*, la que guardan tanto el petroglifo como el posible altar rupestre. Sin duda éstos son los dos elementos que parecen otorgar una mayor sacralidad al conjunto: su orientación y su emplazamiento adyacente a un arroyo de montaña (el arroyo Aceitunilla), cercano a su confluencia con otro curso de agua mucho mayor (el río Hurdano). La hipótesis se torna especialmente interesante a la luz de ciertos paralelos en la Submeseta Norte, todos en el área vetona, que se han venido reconociendo en los últimos tiempos. Así, el caso más parecido acaso lo conforme El Picón de la Mora (Sánchez Nicolás; Mateos Leal y Berrocal Rangel, 2005-06, pp. 161 y ss.; Sánchez Nicolás y Mateos Leal, e.p.) en Salamanca, donde nos encontramos asimismo con un lugar absolutamente circundado por colinas que limitan extraordinariamente su control visual; éste además se ejerce sobre espacios sin la menor presencia de recursos estratégicos, a excepción de un vado que no es, por lo demás, ni el único ni el mejor punto para cruzar. La orientación ha sido puesta en relación con el crepúsculo en el Solsticio de Invierno (Sánchez Nicolás; Mateos Leal y Berrocal Rangel, 2005-06, pp. 163), al igual que las estelas funerarias de la necrópolis de La Osera y el célebre Altar de Sacrificios de Ulaca (Sánchez Nicolás y Mateos Leal, e.p.). A este respecto, y basándonos en la orientación nada casual del conjunto, nos inclinamos a sugerir una interpretación del contenido de éste en clave astral, en línea de la “vía astronómica”

que recientemente se esgrime, pensamos que con acierto, para la mayoría de los altares rupestres y “peñas sacras” del Poniente peninsular (Fabián García, 2010, p. 243); de este modo, las representaciones de estrellas y círculos concéntricos acaso pudiesen designar cuerpos o acontecimientos celestes de especial relevancia para aquellas sociedades (así, solsticios, equinoccios o especialmente eclipses, hipótesis esta última que quizás se ajuste especialmente bien a los elementos incisos en el presente caso⁴⁶), e incluso los escaleriformes acaso pudiesen suponer un primitivo sistema de contabilidad de dichos fenómenos a lo largo del tiempo⁴⁷. Sea como fuere, lo cierto es que en tal sentido la necesidad de colaboración estrecha entre arqueólogos y astrónomos, confluendo en la incipiente disciplina que se ha dado en llamar Arqueoastronomía, ha de resultar fundamental para el estudio de este tipo de santuarios. Además, dicho yacimiento se halla en una confluencia de aguas del mismo tipo que la reconocida para El Picón de la Mora (esto es, un arroyo de montaña que desemboca en un río mayor; en el caso salmantino conocidos como el Arroyo de la Rebofa y el Río Huebra respectivamente).

Las coincidencias entre los santuarios de El Huerto del Cura y El Picón de la Mora parecen extenderse también al ámbito de la orografía; así, en el caso salmantino nos encontramos con tres enormes afloramientos tallados, que, de manera superpuesta, se adaptan a la pendiente en la que se yergue levantándose sobre el espacio en voladizo que queda a sus pies, cayendo hacia el Río Huebra (Sánchez Nicolás; Mateos Leal y Berrocal Rangel, 2005-06, p. 163), de modo que todo el conjunto, al igual que en el caso hurdano, queda encarado hacia el curso hídrico (Sánchez Nicolás; Mateos Leal y Berrocal Rangel, 2005-06, p. 165) . No obstante, en el santuario salmantino se registra todo un sistema de cazoletas, oquedades y vanos interconectados que resultan del todo

⁴⁶ Así, ya Frazer recogía una larguísima retahíla de ritos, acciones y festividades empleados por diferentes culturas, tanto históricas como indígenas contemporáneas (en el año de la publicación de la obra, 1922), en las que se pretendía influir en el Sol para ayudarle a vencer su “lucha celeste” contra las sombras y el mundo de la noche, propiciando así el retorno a su brillo fulgurante y a su máxima plenitud (FRAZER, 1986, p. 107 y ss.). Por supuesto, la amplia mayoría de dichos ritos tenían lugar principalmente ante dos diferentes acontecimientos celestes: el Solsticio de Invierno (conocido como el *Natalis Solis Invicti* en Roma y cuya cristianización dio pie en último término, en un tema que nos llevaría lejos, a la Nochebuena cristiana) y los eclipses de Sol.

⁴⁷ Agradecemos esta observación a D. Álvaro Martín.

imposibles en El Huerto del Cura, *ut diximus*, a causa de las características físicas de la propia pizarra hurdana⁴⁸. No obstante, allí se reconoce asimismo la presencia de varias oquedades de menor calado, encaminadas de una u otra forma a recibir libaciones y vertido de diversos líquidos, que en último término se ponen en relación con un culto a las aguas (Sánchez Nicolás; Mateos Leal y Berrocal Rangel, 2005-06, pp. 165). Creemos que esta hipótesis es, en lo esencial, especialmente válida para explicar elementos presentes en el santuario de El Huerto del Cura, tales como la hornacina o cazoleta adyacente al petroglifo y el canal de desagüe que interconecta los bajos del altar con el curso hídrico. La citada línea de investigación nos parece la más correcta, a la luz de los datos disponibles en la actualidad, de cara a la interpretación del santuario⁴⁹, y parece ganar enteros si atendemos a la existencia de ciertos paralelos en el Occidente del actual territorio español. De este modo, contamos con algunos de ellos especialmente en la Submeseta Norte⁵⁰, pero también incluso en el Mediodía extremeño hasta alcanzar la actual provincia de Huelva (Cazorla Martín y Celestino Pérez, 2008 Sánchez Nicolás; Mateos Leal y Berrocal Rangel, 2005-06; Almagro Gorbea y Jiménez Ávila, 2000). En algún caso, como el de La Pepina en Fregenal de la Sierra, cabe destacar de nuevo la presencia del santuario en una zona de confluencia de aguas, aquí concretamente en la desembocadura del Pedruégano en el río Ardila.

Respecto a la cronología del santuario, y a falta de ulteriores estudios, no podemos sino ofrecer aproximaciones *grosso modo*. Los paralelos tipológicos y la adscripción geográfica parecen apuntar al uso del conjunto durante la II Edad del Hierro y por tanto a la cultura vettona. La datación del petroglifo

⁴⁸ A diferencia de los berrocales grano-dioríticos presentes en El Picón de la Mora, infinitamente más moldeables y oradables, tanto por factores naturales como antrópicos; *vid.* SÁNCHEZ NICOLÁS; MATEOS LEAL y BERROCAL RANGEL, 2005-06, pp. 162.

⁴⁹ El profesor Dr. Jesús Álvarez Sanchís (U.C.M.), a quien comentamos el hallazgo de manera oral, también se decantaba por la hipótesis del culto a las aguas. Desde aquí queremos agradecerle su interés y opinión, así como hacernos responsables de todo posible error en la interpretación de un emplazamiento que no él no podía conocer más que a través de nuestras indicaciones.

⁵⁰ Así, los santuarios rupestres de San Pelayo, Almazán de Duero, Tejares, Teso de San Cristóbal, la Virgen del Castillo, casos todos ellos repartidos entre las provincias de Zamora y Salamanca y citados, con abundante bibliografía, en Sánchez Nicolás; Mateos Leal y Berrocal Rangel, 2005-06, pp. 165

por su parte tampoco ofrece mayores certezas, ya que se reconoce para los petroglifos hurdanos “una pervivencia de elementos desde el Neolítico hasta época romana” (Sevillano San José, 1991-92, p. 516). No sería descabellado quizás pensar en la coetaneidad protohistórica de ambos elementos. Ello se corresponde bien, además, con un buen número de casos de altares pre y protohistóricos registrados en las actuales provincias de Ávila⁵¹ y Salamanca⁵². Estos casos habrían de añadirse a los nueve casos reconocidos por Almagro Gorbea y Jiménez-Ávila a lo largo y ancho del actual territorio extremeño⁵³ (2000, pp. 427-429), a los de Benito del Rey y Grande del Brío (2000) para la provincia de Zamora más un caso aislado en Huesca (2002, p. 77) o al de Panoias en Portugal (Rodríguez Colmenero, 1999; Almagro Gorbea, 1996). Además, habría que añadir a este listado otros quizás menos confirmados en este momento, como nos advierten Fabián García (2010, p. 243) y Almagro Gorbea y Jiménez-Ávila (2000, p. 429). Así nos encontramos con la célebre *Piedra Escrita* (Cenicientos, Madrid; *vid.* Canto Perea, 1994, pp. 271-296) y el de la *Pedra de Sacrifici* (Sabassona en Vic, Barcelona). A todos ellos habría quizás que añadir, a falta de una confirmación definitiva, el emplazamiento de la no menos célebre *Silla de Felipe II*, en las proximidades de El Escorial

⁵¹ Donde se han reconocido hasta seis casos según Fabián García (2010). En concreto, los del Canto del Mortero (Bonilla de la Sierra), los dos casos de Ulaca (los denominados “Roca con Entalles” y el “Altar de Sacrificio”, ambos en Solosancho), el altar del entorno del Castillo de Malqueospese (Sotalvo), el Cerro de San Mateo y el del castro del Raso de Candeleda

⁵² Casos de La Atalaya en El Tejado de Béjar (Fabián García, 2010), relativamente próximo al Huerto del Cura (a unos 30 km en línea recta) y además situado en el principal paso en el Occidente del Sistema Central, utilizado desde la Prehistoria hasta la actualidad (hoy transcurre precisamente por allí la A-66 o Autovía de la Plata), pasando por la Romanización, durante la cual se emplazaría la célebre Vía de la Plata (*Iter ab Emerita Asturicam*). Además, también en Salamanca se yergue, como hemos venido señalando, el caso de El Picón de la Mora (SÁNCHEZ NICOLÁS; MATEOS LEAL y BERROCAL RANGEL, 2005-06; SÁNCHEZ NICOLÁS y MATEOS LEAL, e.p.)

⁵³ Para la provincia de Badajoz, tenemos los casos del Prado de Lácara (en un lugar asociado a megalitos de cronología presumiblemente anterior), Sequero I y II (Mérida) y Sequero III (Esparragalejo), mientras que para la de Cáceres contamos con los de Las Cuatro Hermanas y de Los Barruecos (Malpartida de Cáceres), la Peña Carnicera (Mata de Cáceres), Cancho Penedo (Valencia de Alcántara) y Valcorchero (Plasencia). Nótese la proximidad de algunos de estos últimos casos respecto al Huerto del Cura: así del de Valcorchero, el más próximo, está separado por unos 40 km en línea recta.

(Madrid)⁵⁴. En la práctica totalidad de estos casos, todos los autores convienen (o cuanto menos contemplan la posibilidad de) una prolongada cronología de uso (así Fabián García, 2010, pp. 243 y ss.; Sánchez Nicolás; Mateos Leal y Berrocal Rangel, 2005-06, pp. 166; Almagro Gorbea y Jiménez Ávila, 2000, pp. 431-433; Benito del Rey y Grande del Río, 2000, p. 11⁵⁵; Rodríguez Colmenero, 1999; Almagro Gorbea, 1996, pp. 43-47) que quizás pueda arrancar desde algún momento incierto del Neolítico alcanzando, cuanto menos, la Romanización. Posteriormente, quizás durante la Antigüedad Tardía, se produciría la cristianización de estos santuarios mediante diversas fórmulas, si bien aún queda mucho por definir al respecto. Por otro lado, todo este *corpus* de posibles santuarios pre y protohistóricos parece poder subdividirse en diferentes tipologías, destacando por un lado el “tipo Lácara” (Fabián García, 2010, p. 243; Almagro Gorbea y Jiménez Ávila, 2000), consistente en grandes moles, lanchares y promontorios graníticos dentro de paisajes de berrocal⁵⁶, frente a otros casos donde los afloramientos rocosos vienen trabajados con mucha mayor precisión⁵⁷. En tal sentido resulta enormemente sugerente la hipótesis de trabajo enunciada recientemente por Fabián García (2010, pp. 245-246; pp. 250-251), quien se pregunta con todas las cautelas si acaso fuese posible reconocer una cierta evolución tipológica (y por ende, cronológica) entre los tipos anteriores, donde el “tipo Lácara” sería el primero y más antiguo, con una cronología que *grosso modo* podría adscribirse a la transición entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro⁵⁸. En este modelo, el famoso *Altar de Sacrificios* de Ulaca, por su parte, constituiría el principal exponente del modelo último,

⁵⁴ Al respecto, *vid.* las notas de Alicia Canto Perea, quien se muestra favorable a la cronología protohistórica del conjunto, reconociéndolo como un *locus sacer* (disponible en www.celtiberia.net/articulo.asp?id=1325)

⁵⁵ Mostramos nuestra total adhesión a sus palabras (*vid. supra* cita nº 22).

⁵⁶ A los que cabría adscribir, además del caso de Lácara, otros como el del Canto del Mortero y Malqueospese (Fabián García, 2010, p. 243).

⁵⁷ Cuyo principal exponente sería el *Altar de los Sacrificios* de Ulaca (FABIÁN GARCÍA, 2010, p. 251).

⁵⁸ La presencia de este altar rupestre en el espacio adyacente al Dolmen de Lácara, de cronología claramente anterior, acaso nos testimonie la existencia de una lenta y paulatina evolución desde el Megalismo y el culto a las montañas.

más refinado y definitivo del proceso, en una sincronía ya plenamente protohistórica (II Edad del Hierro, dentro de la cultura de los vettones). Entre ambos extremos, se ha reconocido el caso de La Atalaya de Béjar como el eslabón de tránsito y modelo intermedio (Fabián García, 2010, p. 251). Entonces, ¿dónde situar en este esquema, aún embrionario, el altar rupestre del Huerto del Cura? Quizás la respuesta habría que buscarla en algún momento del segundo tipo, en la línea de La Atalaya de Béjar, aunque acaso en algún momento más evolucionado y más próximo ya al tercero, el del altar de Ulaca, toda vez que la relación con el “tipo Lácara” resulta del todo descartable. No obstante, y como venimos señalando, en el estadio actual de la investigación el pronunciarse a tal respecto resulta, cuanto menos, hartamente prematuro.

Sea como fuere, todos los casos y tipos cuentan con el común denominador de la escalera labrada en piedra, un elemento dotado de un doble significado: por un lado significar y distinguir el lugar respecto a su entorno circundante, sacralizándolo; por el otro, además, simbolizaría en último término la ascensión hacia los cielos (así como el descenso de lo celestial a La Tierra)⁵⁹, en pos de un plano divino (Fabián García, 2010, p. 250). Este mismo cosmos supone, en definitiva, el elemento principal de toda la escenografía y del rito a ella asociada, puesto que son los cuerpos celestes quienes determinan la orientación de, al parecer, la práctica totalidad de estos santuarios (Pérez Gutiérrez, 2010), y desde luego para el caso concreto de El Huerto del Cura. Habría que añadir además, para el caso hurdano y siguiendo con la interpretación de índole astral, la toma de diversos elementos propios de la bóveda celeste y su

⁵⁹ Sobre la interconexión entre el plano terreno y el celestial a través de escaleras sacras, que suponen así un punto de contacto y, en consecuencia, un *omphalos* a partir del cual proyectar el eje de coordenadas para interpretar el mundo, nos habla así MIRCEA ELIÁDE: “La piedra sobre la que Jacob se quedó dormido no era sólo la “casa de Dios”, sino además el lugar en el que, mediante la “escalera de los ángeles”, se establecía la comunicación entre el Cielo y La Tierra. El betel era, por consiguiente, un ‘centro del mundo’ al igual que la Ka’aba de La Meca o el Monte Sinaí, al igual que todos los templos, palacios y ‘centros’ ritualmente consagrados. El que fuese una ‘escalera’ lo que unía el Cielo y La Tierra derivaba de una teofanía efectuada en aquel lugar; la divinidad, al aparecerse a Jacob sobre el betel, revelaba al mismo tiempo el lugar en el que podía bajar a La Tierra, el punto en el que lo trascendente podía insertarse en lo immanente” (ELIÁDE, M., 1981, p. 241). Al episodio de Jacob habría que añadirle además el del sacrificio de Isaac, en el que Yahvé se comunica con Abraham justamente sobre una roca utilizada como altar para un sacrificio humano. A la postre éste no llegó a realizarse, pero sí la demostración de fe ciega a su deidad sobre este preciso lugar.

plasmación incisa sobre la roca en forma de petroglifo, como ya como hemos visto *supra*⁶⁰.

En tal sentido, y a la espera de ciertas investigaciones en las que nos encontramos inmersos, debemos recordar que la comarca hurdana permaneció como un *saltus* prácticamente aislado en época romana, o al menos, muy extrínseco respecto a sus territorios circundantes al Norte y al Sur (donde disponemos de una floreciente red urbana asociada al célebre *Iter ab Emerita Asturicam* o Vía de la Plata, presente a menos de 30 kilómetros en línea recta hacia Oriente desde este conjunto rupestre, siempre a través de unas montañas de difícil tránsito), por lo que cabe pensar en la posibilidad de la pervivencia de rasgos indigenistas, especialmente en lo tocante a los usos y manifestaciones ante lo sagrado. De este modo, el conjunto pudo funcionar en una zona tan alejada de los principales núcleos de población y orográficamente intrincada hasta épocas muy posteriores. Así, una pista parece proporcionarla la propia toponimia del conjunto, que parece suponer la cristianización de un lugar de culto “pagano”. En realidad, se trata de un fenómeno al que asistimos en otros petroglifos hurdanos, como en los casos de La Peña del Molde (Mesegal, Pinofranqueado) y El Riscal (Sauceda, Pinofranqueado), donde se documentan sendas cruces superpuestas a los grabados prerromanos, y que se enmarca dentro de las reutilizaciones y cristianizaciones de santuarios y lugares sacros pre y protohistóricos⁶¹. No deja de ser interesante que en el primero de los casos asistamos a un santuario en altura, situado a una cota elevadísima en relación a la red de caminos y poblaciones circundante (en esto recuerda, pese a no documentarse aquí, a casos de altares rupestres como el de La Atalaya), es decir, un lugar orográficamente opuesto al aquí tratado del Huerto del Cura, pero unido por el común denominador de su carácter cultural y místico. Además

⁶⁰ FABIÁN GARCÍA (2010, p. 250) reproduce, en tal contexto, las siguientes palabras de Mircea Eliade: “*La dureza, la rudeza, la permanencia de la materia constituyen para la conciencia religiosa del primitivo una hierofanía. Nada más inmediato y más autónomo en la plenitud de su fuerza, nada más noble y más aterrador que una roca majestuosa, que un bloque de granito audazmente erguido (...). En su tamaño y en su dureza, en su forma y en su color, el hombre encuentra una realidad y una dureza que pertenecen a otro mundo, distinto mundo profano del que forma parte (...). Las han adorado y las han usado como instrumentos de acción espiritual, como centros de energía destinados a su propia defensa o a la de sus muertos*”. ELÍADE, M. (1981, p. 227): *Tratado de Historia de las religiones. Morfología y dialéctica de lo sagrado*, Madrid

⁶¹ Vid. *supra* citas nº 22 y 23.

no hay que olvidar la “función umbilical” de la que se revisten estos lugares, funcionando cada uno de ellos a modo de *omphalos* o *umbilicus mundi*⁶² para las sociedades que los utilizan⁶³. Se trataría de complejos quizás utilizados solamente en ciertas fechas y festividades de carácter plurigrupal, con independencia de su orografía o control visual del territorio. Otro elemento destacable, por último, es que apenas se antropiza la Naturaleza: de este modo, los grupos humanos que allí tuvieron su santuario solamente introdujeron ligerísimas modificaciones para facilitar o agudizar ciertos rasgos del Paisaje que ellos parecían reconocer, y a los que quizás atribuyesen un significado trascendental⁶⁴. No nos parece casualidad la coincidencia en este punto con el relativamente cercano caso, ya señalado, de La Atalaya de Béjar (Fabián García, 2010, p. 249), máxime cuando ambos altares se encuentran perfectamente orientados hacia Oriente, hacia el *Solis Ortus*. No obstante, no queremos dejar de señalar el rasgo que individualiza al presente santuario entre todo el resto de “peñas sacras” reconocidas en la Península Ibérica: se trataría del primer caso reconocido de un altar rupestre practicado en pizarra, en lugar de, como viene siendo habitual, los berrocales formados por afloramientos de rocas grano-

⁶² “(...) el ‘centro del mundo’ puede estar ritualmente consagrado en infinidad de puntos geográficos sin que la autenticidad de ninguno de ellos vaya en perjuicio de la de los demás- (ELIADE, 1981, p. 241); “En todas las tradiciones, el omphalos es una piedra consagrada con una presencia sobrehumana o por un simbolismo cualquiera” (ELIADE, 1981, p. 243).

⁶³ Así ALMAGRO GORBEA y JIMÉNEZ ÁVILA (2000, pp. 425-426) destacan este aspecto del altar del Prado de Lácara poniéndolo en relación incluso con el *Dumha na nGiall* (en gaélico, “Túmulo de los rehenes”), dolmen neolítico conservado dentro del recinto de la ciudad santa irlandesa Tara. En realidad, el *Dumha na nGiall* es un *cairn* originado como dolmen al menos en el Neolítico Medio, pero con reutilización posterior de forma más o menos ininterrumpida hasta la Edad del Hierro, siendo objeto de algunos enterramientos incluso hasta el siglo XVII de nuestra Era (sobre Tara, *vid.* O’Sullivan, 2010).

⁶⁴ “No sabríamos decir si los hombres han adorado alguna vez las piedras en tanto que piedras. Pero, en todo caso, la adoración del primitivo va siempre dirigida a algo distinto, que la piedra incorpora y expresa. Una roca, una piedra, son objeto de devoción y de respeto porque representan o imitan algo, porque proceden de otro lugar (...). Los hombres han adorado las piedras tan sólo en la medida en que representaban algo distinto de ellos (...). Y esto, conviene decirlo desde ahora, porque la mayoría de las piedras relacionadas con el culto eran utilizadas como instrumentos: servían para obtener algo, para asegurarse la posesión de algo. Desempeñaban una función mágica más que una función religiosa. Poseían ciertas virtudes sagradas debidas a su origen o a su forma, y más que adoradas, eran utilizadas (ELIADE, 1981, p. 227).

dioríticas. Ello nos confirma, creemos, la necesidad preexistente para las poblaciones prehistóricas de que el santuario debía erigirse allí, en razón de diferentes factores (celestes, “umbilicales” respecto a su territorio circundante, etc...) y códigos ideológicos internos. En consecuencia, el santuario se llevó finalmente a cabo por aquellos grupos humanos, pese a encontrarse para su plasmación práctica con un soporte tan poco maleable y difícil de trabajar como son las pizarras hurdanas.

CONCLUSIONES

Como hemos venido argumentando a lo largo de las páginas anteriores, presentamos un lugar, hasta ahora inédito en la investigación científica (a excepción del estudio parcial de uno sólo de sus elementos: el petroglifo de El Huerto del Cura), sito en el corazón de las montañas hurdanas. A la espera de ulteriores estudios en profundidad acerca del lugar, pensamos que el entorno denominado como El Huerto del Cura debe interpretarse como una globalidad que integre y sume a sus diferentes elementos, que consisten en un petroglifo con representación de cuerpos celestes y fenómenos astrales, y en una “peña sacra” o altar rupestre donde se constatan una escalera y un canal de desagüe tallados en la pizarra viva. Además, resultan asimismo interesantes los elementos de orden secundario presentes en el lugar, como son la orientación hacia el Sol Naciente de ambos elementos, y desde luego la presencia de una confluencia de aguas (la desembocadura del arroyo de La Pizarrosa en el arroyo Aceitunilla) en las cercanías, así como de otra aún mayor (el arroyo Aceitunilla en el río Hurdano) a 1,2 km valle abajo; de hecho la “peña sacra” se encuentra tan próxima a las aguas que el canal tallado en ella desagua directamente en el Arroyo de Aceitunilla. A la luz de los elementos anteriores, y a falta de ulteriores investigaciones, podemos afirmar que nos hallamos ante un santuario utilizado, cuanto menos, en época protohistórica. A ello habría que añadir quizás unas eventuales pervivencias de carácter “indigenista” y tradicional, en procesos de tiempo largo, que alcanzasen cuanto menos la Romanización y la Cristianización, ambas muy poco intensas en las montañas hurdanas. A la luz de ciertos paralelos no resultaría descabellado pensar que nos encontramos ante un *locus sacer* donde se desarrollase un culto a las aguas y/o al Sol, que acaso gozase de especial incidencia en solsticios, equinoccios y eclipses. Este santuario habría que enmarcarlo en el *corpus* de “peñas sacras”, presentes principalmente en el Occidente ibérico, y quizás pudiésemos fecharlo (a falta de ulteriores investigaciones) a comienzos de la II Edad del Hierro y dentro de la cultura de los vettones, si bien allí se celebrarían rituales que podrían recoger un sustrato cultural muy anterior. De hecho, se trataría en último término de un

omphalos a partir del cual lanzar el eje de coordenadas del mundo terrenal, un lugar de interconexión entre el plano humano y el celestial; una “escalera hacia el cielo” que hundiría sus raíces en cultos ctónicos que se pierden en lo ancestral, siendo utilizado y reutilizado a lo largo de una dilatadísima secuencia diacrónica. La individualidad del sitio viene dada por constituir, hasta donde hemos podido saber, el primer caso de un altar rupestre realizado sobre un afloramiento de pizarra (en lugar de en un berrocal granítico o grano-diorítico, como los ejemplos hasta ahora conocidos) de toda Iberia.



BIBLIOGRAFÍA

- ANÓNIMO (año no explicitado): *Guía para conocer y visitar el arte rupestre de Las Hurdes*, Diputación de Cáceres, Junta de Extremadura (Dirección General de Turismo), Ministerio de Industria, Turismo y Comercio (Secretaría General de Turismo), Fondo Europeo de Desarrollo Regional, Plan de Dinamización Turística Sierra de San Pedro-Sierra de Gata-Las Hurdes (librillo para visitantes disponible en los centros culturales y de información turística de la comarca).
- ALMAGRO GORBEA, M. (1996): “Sacred places and cults of Late Bronze Age tradition in Celtic Hispania”, en HABELT, R. (Ed.): *Archäologische Forschungen zum Kultgeschehen in der Jungeren Bronzezeit und Frühen Eiselzeit Alteuropas*, pp. 43-47, U. Regensburg, Bonn.
- ALMAGRO GORBEA, M. y JIMÉNEZ ÁVILA, J. (2000): “Un altar rupestre en el Prado de Lácara (Mérida). Apuntes para la creación de un Parque Arqueológico”, en JIMÉNEZ ÁVILA, J. y ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J. (Eds.): “El Megalitismo en Extremadura (Homenaje a Elías Diéguez Luengo)”, *Extremadura Arqueológica VIII*, Junta de Extremadura, Mérida, pp. 423-442.
- ARCE MARTÍNEZ, J. (2007-08): “Vascones, visigodos e isaurios”, en *Boletín de Arkeolan*, 15, pp. 73-79.
- BARROSO GUTIÉRREZ, F. (1991): *Guía curiosa y ecológica de Las Hurdes*. Madrid.
- Id. (1994): “La cultura oral en Las Hurdes (romances y pliegos de cordel)”, en *Alcántara*, 31-32, enero-agosto 1994, Salamanca, pp. 93-126.
- BARRANTES, V. (2001): *Las Jurdes y sus leyendas*, Reedición del original de 1893 (conferencia leída en la Sociedad Geográfica de Madrid el 1 de julio de 1.890), Editorial Máxtor, Valladolid.
- BARTOLOMÉ GÓMEZ, J. (2007-08): *El uso del término saltus en los autores latinos*, en *Boletín de Arkeolan*, 15, pp. 83-98.
- BENITO DEL REY, L. y GRANDE DEL RÍO, R. (1995): *Petroglifos prehistóricos en la comarca de Las Hurdes (Cáceres). Simbolismo e interpretación*. Salamanca.
- Ibid. (2000): *Santuarios rupestres prehistóricos en el Centro-Oeste de España*, Librería Cervantes, Salamanca.

- BETTENCOURT, A.M.S. (*en prensa*): “A idade do Bronze no Baixo Valle do Douro”, *Actas del I Encuentro de Jóvenes Investigadores del Valle del Duero* (Zamora, 16-18 noviembre 2011).
- BLASCO FUERTE, J. (2002): *Las Hurdes. Guía turística*, ADIC-HURDES, Puebla de la Calzada.
- CANTO PEREA, A. (1994): “La ‘Piedra Escrita’ de Diana, en Cenicientos (Madrid): y la frontera oriental de Lusitania”, *CuPAUAM*, 21, pp. 271-296.
- CAZORLA MARTÍN, R y CELESTINO PÉREZ, S (2008): “La Cueva del Valle (Zalamea de la Serena, Badajoz): un santuario rupestre en la comarca de La Serena”, en *SPAL*, 17, pp. 207-231.
- DE LA FLOR, F.R. (1994): “Hurdes/Batuecas: una Utopía regresiva”, en *Alcántara*, 31-32, enero-agosto 1994, Salamanca, pp. 57-76.
- ELIADE, M. (1981): *Tratado de Historia de las religiones. Morfología y dialéctica de lo sagrado*, Ed. Cristiandad, Madrid.
- FABIÁN GARCÍA, J.F. (2010): *Altars rupestres, peñas sacras y rocas con cazoletas. Ocho nuevos casos abulenses y uno salmantino para la estadística, el debate y la reflexión*, en *Madrider Mitteilungen*, 51, pp. 222-267.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, L. (1994): “Las Hurdes: de la Prehistoria a la Baja Edad Media”. *Alcántara* 31-32, Salamanca, pp. 137-160.
- FRAZER, Sir J.G. (1981): *La rama dorada*, Fondo de Cultura Económica, México.
- GRANJEL, M. (2003): *Las Hurdes, el país de la leyenda*, Ed. Milenio, Lérida.
- GUTIÉRREZ ELORZA, M. (1994): *Geomorfología de España*, Rueda, Alcorcón.
- HARDING, A.F. (2003): *Las sociedades europeas en la Edad del Bronce*, Ariel Prehistoria, Barcelona.
- IGLESIAS DUARTE, C. (1994): *Crónica de los Congresos de Hurdanófilos*, en *Alcántara*, 31-32, enero-agosto 1994, Salamanca, pp. 13-34.
- LEGENDRE, M. (2006): *Las Hurdes: estudio de geografía humana*, Edición de Paloma Sánchez Miguélez y José Pablo Blanco Carrasco sobre el original de 1927 *Las Jurdes: étude de géographie humaine* (Tesis Doctoral, Universidad de Burdeos), Editora Regional de Extremadura, Mérida.

- MARTÍN GONZÁLEZ, S. (2011 a): *Parte de hallazgo casual durante los trabajos de Seguimiento Arqueológico de las obras de abastecimiento integral de aguas en la comarca de Las Hurdes (Cáceres), acaecida el martes 18 de enero de 2011*, informe técnico depositado en la Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura, fechado el 20 de enero de 2011.
- Id. (2011b): *Recopilación final de los trabajos de Seguimiento Arqueológico sobre las obras de abastecimiento integral de aguas a la comarca de Las Hurdes (Cáceres): (clave:03.310-0405/7511): efectuados por D. Saúl Martín González (26 de julio 2010-30 de junio 2011)*, informe técnico depositado en la Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura, fechado el 15 de junio de 2011.
- MOLINA BALLESTEROS, E. (1991): *Geomorfología y geoquímica del paisaje: dos ejemplos en el interior de la Meseta ibérica*, U. de Salamanca, Salamanca.
- O'SULLIVAN, M. (2010): *Magalithic tombs and storied landscapes in Neolithic Ireland*, en *The European Megalithic Studies Group*, publicación virtual en <http://www.jungsteinsite.uni-kiel.de/> (Portal de los Jóvenes Investigadores sobre el Neolítico de la Universidad de Kiel, República Federal de Alemania).
- PÉREZ GUTIÉRREZ, M. (2010): *Astronomía en los castros celtas de la provincia de Ávila*, Diputación Provincial de Ávila - Institución Gran Duque de Alba, Ávila.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (1999): "O santuario rupestre galaico-romano de Panóias (Vila Real, Portugal)", en *Deorum Temnh*, I, Vila Real.
- ROZAS, J.M. (2003): *'Las Batuecas del Duque de Alba' de Lope de Vega*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (edición digital), Alicante.
- SÁNCHEZ MORENO, E. (1997): "Aproximación a la religión de los vetones: dioses, ritos y santuarios", en *Studia Zamorensia*, 2ª etapa, Vol. IV, pp. 115-147.
- SÁNCHEZ NICOLÁS, D., MATEOS LEAL, C. y BERROCAL RANGEL, L. (2005-06): *El santuario rupestre de El Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores, Salamanca)*, en *Boletín Informativo de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, nº 44, pp. 161-180.
- SÁNCHEZ NICOLÁS, D. y MATEOS LEAL, C. (en prensa): *El poblado fortificado de El Picón de la Mora: la fortificación de un paisaje sagrado en*

la ribera del Huebra, Actas del I Encuentro de Jóvenes Investigadores del Valle del Duero (Zamora, 16-18 noviembre 2011).

SEVILLANO SAN JOSÉ, M^a del C. (1991-92): *Avance al estudio de unos nuevos grabados con antropomorfos en el término municipal de Caminomorisco (Cáceres)*. En *Zephyrus* 44-45, pp. 513-516.

Id. (1988-89): *Dos colgantes-ídolos en las Hurdes: aproximación interpretativa*. En *Zephyrus* 41-42, pp. 497-505.

Id. (1983): “Analogías y diferencias entre el arte rupestre de las Hurdes y el del Valle del Tajo”, en *Zephyrus* 36. Salamanca: 259-263.

Id. (1982): “Un nuevo hallazgo en Extremadura: el ídolo-estela de El Cerezal”, en *Zephyrus* 34-35. Salamanca: 165-171.

Id. (1976): “Un petroglifo con inscripción en la comarca de las Hurdes (Cáceres)”, en *Zephyrus* 26-27. Salamanca: 269-291.

SEVILLANO SAN JOSÉ, M^a del C. y BÉCARES PÉREZ, J. (1991-92): *Aproximación al estudio de unos colgantes aparecidos en las Hurdes*, en *Zephyrus* 44-45, pp. 557-563.

TEJEDOR RODRÍGUEZ, C. (en prensa): *La pervivencia de los usos megalíticos en el Valle del Duero a lo largo de la Prehistoria Reciente (IV-II milenio a.C.). Una aproximación al estudio en la región del Alto Duero*, Actas del I Encuentro de Jóvenes Investigadores del Valle del Duero (Zamora, 16-18 noviembre 2011).

VELÁZQUEZ SORIANO, I. (1989): *Las pizarras visigodas: edición crítica y estudio*, en *Antigüedad y Cristianismo VI: Monografías históricas sobre la Antigüedad Tardía*. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia.

Id. (2004): *Las pizarras visigodas. Entre el latín y su disgregación. La lengua hablada en Hispania, siglos VI-VIII*. Instituto Castellano y Leonés de la Lengua y Real Academia Española.

